

A. MARIO VALLENAS LÓPEZ

HELENA Y SUS AMORES

EN LOS AÑOS DE
SENDERO LUMINOSO



Presentación del bastardo

Es increíble cómo pasan los años, cuando menos piensas, la luz del candil de tu vida se va apagando y el destino empieza a pasarte la factura por las inolvidables travesuras en los días de tu juventud; las buenas no te las cobra, pero las malas quedan grabadas en cada arruga de tu rostro, que, al mirarte en el espejo del tiempo, te resistes a creer que hasta tus labios están rugosos de tantos besos que saborearon en tu juventud.

Helena hoy está pagando la factura de una de sus mejores travesuras. Es madre soltera y tiene un hijo producto de un desliz que tuvo con un íncubo, que la enamoró diciéndole que era divorciado y que se había operado. Recuerda con alegría y sin rencor las reuniones sociales y las tertulias que pasó junto a este hombre; recuerda también todo lo que tuvo que sufrir cuando quedó embarazada, fueron nueve meses de duro sufrimiento difíciles de olvidar; todo el periodo del embarazo. Él negaba rotundamente ser el padre, alegando que estaba operado, tuvo que nacer el bebé para proceder judicialmente y que el juez ordenase los análisis de ADN. Solo así aceptó y, por orden del juez, se hizo cargo de todos los gastos que la ley ordena para la mantención del niño.

Han pasado seis años y hoy su hijo tiene una cita con su padre. Helena tiene que levantarse temprano y tener tiempo suficiente para arreglar a su hijo. Un poco adormecida, camina directamente a la ducha, se baña lo más rápido que puede, sin dar importancia a la mórbida belleza de su cuerpo, porque está contra el tiempo. Apresurada, sale en albornoz de la ducha y camina directamente a la ventana de su dormitorio, jala la persiana y se sorprende por la luz brillante de la mañana, que ciega por un instante sus bellos ojos azules, sonrío y suavemente se restriega los ojos, suelta una leve sonrisa que ella misma no entiende a qué se debe. La mañana estaba hermosa y despejada. Muy temprano, los primeros rayos de sol alumbraban el nuevo día de verano, débiles nubes matizan el cielo, que mostraba aun su color azul-celeste, dando la lejana impresión de un sol en el estío. En verano, el cielo amanece despejado, y los rayos de sol que lo acompañan, que nos llenan de alegría y de amor, son bien recibidos por todos los que vivimos en esta plomiza ciudad. Los rayos de sol alegran nuestras vidas, nos llenan de inspiración para buscar a Dulcinea y hacer el amor.

Temprano, en las ramas de los árboles, las aves trinan alegremente sus cantos melodiosos, y llenas de felicidad revolotean juguetonas dando gracias al divino por el nuevo día. Quién pudiera entender el lenguaje de sus trinos y conversar con todas las aves. ¿Cuánto amor o tristeza encerrarán sus cantos? ¿Qué de consejos nos darían para no malograr la naturaleza?

Helena se queda por un instante cerca de la ventana, observando a una pareja de palomas que aprovechan los primeros rayos de sol para hacer el amor. La hembra mueve sus alas de tal manera que parece invitar al amante para hacer el amor; da la impresión de que le dijera: «No hay problema, ven, sube, que estoy loca por sentirte profundamente». El palomo hace el intento de subir y pierde el equilibrio una y otra vez, hasta que por fin se satisfacen, luego baja y se pone a su lado, ambos sacuden sus alas, se miran

pico a pico; es evidente que comentan lo bueno que estuvo y, satisfechos, alzan el vuelo.

Helena por primera vez se da cuenta de que han aparecido otra variedad de avecillas, unas de color amarillo y otras de color naranja, que siempre vuelan en pareja, deben ser aves que vivieron en cautiverio y lograron escaparse en busca de libertad, piensa.

De pronto asoman a su memoria hermosos recuerdos inolvidables de su juventud, y su corazón se hace presente latiendo fuerte. Como estrellas luminosas, llegan a su memoria las imágenes de aquel día, cuando por primera vez conoció el amor; aquel inefable amor, difícil de olvidar y que siempre vivirá grabado en un rincón de su corazón, como un tatuaje difícil de borrar. Recuerda que un buen día, llena de esperanzas y de sueños, llegó a la capital para seguir estudiando y presentarse a la universidad con la intención de lograr una profesión, pero fue difícil el ingreso a una universidad del Estado; intentó dos veces y, al no lograrlo, tuvo que postular a una particular. El problema surgió cuando tuvo que ingeniárselas para financiar los gastos, porque su situación económica no le permitía, fue cuando el destino puso en su camino a una amiga y a un buen hombre que le brinda todo su apoyo para que estudie y logre con los años ser una excelente profesional”

Ella era tierna, bella y vivía dulcemente sus dieciocho años, se encontraba plenamente en su primera primavera. Alfredo, el buen hombre que la ayudó, bordeaba los cincuenta años, pero se le veía joven y era atractivo, estaba bien conservado y tenía dinero, lo que lo hacía más interesante; pintaba ya algunas canas por su edad, muestra suficiente de que estaba viviendo su tercera primavera y empezaba a tocar las puertas de otoño.

Alfredo protegió y ayudó a Helena durante los años que ella estudió en la universidad, todo a cambio de un poco de amor que consolara su soledad. Alfredo fue para ella su primer amor, su

primer hombre, y se sentía muy orgullosa de haberle entregado su virginidad con ese amor que solamente se vive una vez. No imaginó que el paraíso que vivió con Alfredo nunca lo volvería a vivir con otro hombre. Alfredo supo ser para ella un buen enamorado, un buen amante y un buen padre cariñoso.

Alfredo fue un buen enamorado, porque, en los dos o tres días que se encontraban durante la semana, siempre la esperaba con un regalito sorpresa y con expresiones llenas de amor, nunca ingresó en su espacio privado, respetuoso con las condiciones que pactaron aquella tarde que se conocieron.

En el primer aniversario que cumplieron de sus relaciones, y que fue un veintinueve de noviembre, la sorprendió con un arreglo floral de once rosas que llegó a su casa para sorpresa de su hermana, que tuvo que recibirlas, y para la increíble explicación que Helena tuvo que darle. El arreglo venía acompañado de un pequeño sobre sellado y en su interior decía: «Amor, tu hermosura completa la docena».

El regalo, que ella aún conserva, es un pequeño cofre de plata con bordes de oro, en donde ella guarda sus pocas joyas. El fondo del cofre lleva una grabación con rubíes engastados que dice: «Para que en el recuerdo quede cuando el corazón olvide. Nunca te dejaré de amar, porque después no tendría por quién llorar. Alfredo».

Helena siente que sus ojos se humedecen con lágrimas cargadas de amor y de dolor, que vierte por sus mejillas pronunciando el nombre de Alfredo. Todos estos bellos recuerdos terminaron el día de su graduación, el día que por última vez cruzaron sus miradas. Recuerda que Alfredo, levantando su mano derecha y con un juego de dedos, le dijo adiós para siempre. «¿Dónde estarás, amigo mío?», preguntó muy bajito para que nadie la escuchase.

Helena, obligada por las circunstancias, tuvo que levantarse muy temprano, porque el padre de su hijo, que estaba casado con otra mujer y era el cabecilla de una organización criminal ligada

a la mafia política que nos gobierna, festejaba su cumpleaños en una residencia de campo que tenía uno de sus socios. Escogió ese día para presentar a su último hijo, sin importarle la reacción que tendrían su legítima esposa, sus hijos mayores y los invitados. La esposa era una dama muy respetada que supo ocultar su sorpresa, así como lo hacía cuando le preguntaban si sabía algo de los turbios negocios en los que andaba su marido.

Para Helena no era nada agradable tener que entregar a su hijo cada vez que el padre deseaba verlo, y pasar un fin de semana juntos. El niño tampoco se sentía muy a gusto, pero había que hacerlo, porque la ley y el poder del energúmeno los obligaban. Helena nunca alcanzó a comprender cómo se dejó engañar aquella noche que estúpidamente le abrió sus piernas, creyéndole que se había hecho la vasectomía.

El reloj marcaba las seis de la mañana, Helena se apresura y va al dormitorio de su hijo a despertarlo, jala la cortina y la luz del día ilumina totalmente el dormitorio del niño, que puso mucha resistencia para levantarse, dormía plácidamente bien arrebujado y fuertemente abrazado a su almohada, puso mucha resistencia para levantarse.

Helena acaricia tiernamente la cabecita de su hijo y le dice: «Levántese, mi tesoro, tiene que bañarse rápido, recuerde que hoy tiene una gran reunión con su querido padre». Al niño no le agradaban los días que tenía que pasar con su padre, pero había que hacerlo para complacer a su madre y evitar las rabietas del íncubo, que fácilmente llegaba al paroxismo cuando se le contradecían sus caprichos.

En repetidas ocasiones, cuando el niño conversaba con su madre, le decía que no le agradaba la compañía de su padre, y Helena le preguntaba qué era lo que le desagradaba de su padre, y el niño, con esa serenidad y esa seguridad que le caracterizaba, empezaba a enumerar: sus ojos, sus orejotas llenas de pelos, sus

dientes separados y su cara groseramente redonda y sin cuello, que se parece a una calabaza de Halloween. Luego, como todo niño, que no puede mantener por mucho tiempo la seriedad en una conversación, preguntó:

—Mami, ¿has leído la fábula de Jacko el Tacaño?

—No, ¿de qué se trata? —respondió Helena.

—Yo creo que mi papi fue Jacko el Tacaño..., ja, ja, ja —reía el niño.

Helena trabajó de joven en una empresa que se dedicaba a los inmuebles, la publicidad, el corretaje y el asesoramiento comercial, era un poco misterioso. El dueño y gerente era de nacionalidad italiana y su personal era muy selecto, sobre todo en presencia física, y con mucha responsabilidad en su trabajo y en su especialidad.

Como buen italiano, era sociable, respetuoso y pagaba muy bien a su personal; nunca escatimó una comisión ni se olvidó de los cumpleaños de cada uno de sus empleados. Quincenalmente, la oficina cerraba sus puertas y hacía reuniones para agasajar a sus clientes y cumpleaños de su personal.

El italiano admiraba mucho al famoso griego Onassis y le gustaba imitar algunas de sus costumbres. Es conocido que al griego le agradaba reunirse con sus amistades y mensualmente hacía fiestas en su yate Cristina. Cuentan que le gustaba alardear de que sus taburetes estaban forrados con piel de pene de ballena. El italiano, en alusión a esta expresión del griego, decía que sus sillas y sus sillones estaban forrados con la pena de las uvas que lloran, y que ellos bebían sus lágrimas.

Los empleados que participaban en las reuniones no le daban mucha importancia a la expresión del italiano, porque no sabían a qué se refería con eso de que sus sillones estaban forrados con las lágrimas de las uvas que lloran, solo sonreían para complacerlo. En cambio, sus socios festejaban sonrientes, porque ellos sí sabían

que se refería al daño que causaban al Perú con sus inversiones apoyando a los narcotraficantes que se disfrazaban de terroristas.

En una de estas reuniones, Helena hace amistad con el futuro padre de su hijo, y cuando el italiano pone punto final a sus negocios, cierra sus empresas y huye del Perú, Helena fue contratada en una empresa donde el futuro padre de su hijo era socio mayoritario. La casualidad del tiempo nuevamente los reúne, momento que aprovecha para enamorarla y ofrecerle ayuda. Helena cree en todas sus mentiras y, muy confiada, empieza a tener relaciones sin cuidarse; gran sorpresa, al poco tiempo sale embarazada, y él la abandona dejándola sola con sus problemas hasta que nació el bastardo, que hoy son sus ojos.

El íncubo que seduce y le hace un hijo de Helena fue educado en Francia por órdenes del partido político al que perteneció su padre con la intención de, al regresar, ingresar en la política y algún día gobernar el país. En consecuencia, aparentemente era un personaje bien leído y culto, que se creía retórico y poseedor de una elocuencia propia de los que abusan de la ignorancia del pueblo, que confunde peroratas con grandes discursos. Sus amigos y socios, que en su mayoría eran de mente mediocre, lo halagaban y se sentían orgullosos de su arrogancia.

El hijo de Helena fácilmente podía observar lo falso que era su padre en los momentos en que, involuntariamente, se encontraba en sus reuniones y escuchaba las conversaciones que tenía todas las noches con sus amigos que venían a visitarlo. Había momentos en que al niño le daba la impresión de que su padre estaba loco, y sentía cierto temor cuando le dirigía la mirada, porque le temblaba el ojo izquierdo, como si fuera un tic nervioso, que involuntariamente se agudizaba cuando le daban la contra a sus peroratas. Otra cosa que no le agradaba al niño era que todo el día hablaba y hablaba repitiendo o repasando sus diz que discursos y, cuando se cansaba de hablar solo, comenzaba a imponerle reglas

de conducta, pero de forma autoritaria, totalmente diferentes a las reglas de su mamá y de su abuela.

—Mami, ¿por qué no vienes conmigo para que veas que mi papá todo el día habla solo, por toda su casa y donde se encuentre?, sería bueno que le preguntases en qué momento piensa.

Helena, un poco contrariada, no supo qué responder y se quedó en silencio un buen rato. La pregunta de su hijo le hizo recordar la noche en que ella se entregó como una tonta odalisca, y que su hermoso hijo era el producto de un amor sin ventura.

El niño se dio cuenta de la incomodidad de su madre por la pregunta inapropiada que le hizo, la tomó de las manos y cruzaron miradas. Helena miró a los ojos del niño y, acariciándolo, lo atrajo a su pecho, soltó unas lágrimas de las que el niño no alcanzó a darse cuenta y le dijo:

—Niño, no tengo la respuesta adecuada en este momento, pero le prometo que a su regreso se la daré y, aparte de mi respuesta, también le tendré lista su sopa de sémola, que tanto le agrada, y de segundo su plato favorito... Sí, ya sé, un poco picantito y sin arroz. Ahora colabore conmigo en arreglarse rápido, porque nos ha ganado el tiempo y no tardan en venir a recogerlo.

Helena, un poco nerviosa, disimula su tristeza, jala una silla para sentarse y poder cómodamente terminar de arreglar a su hijo. De esta situación se aprovecha el niño y extendiendo sus bracitos abraza del cuello a su madre y le pregunta cariñosamente:

—Mami, ¿por qué te querré tanto? —Y la llena de besos—. ¿Sabes, mami? —continuó el niño—, no me gusta ir donde mi papi, ahí no tengo con quien jugar, además, esa señora no me mira bien y no se cansa de decirme: «No hagas eso, no hagas aquello».

Todo quedó interrumpido cuando vino la abuela a decirles que abajo ya estaba esperando la movilidad que llevaría al niño a reunirse con su padre. El niño terminó de tomar su desayuno y se despidió de su abuela y de su madre con un cariñoso beso.

Antes de llegar al auto, voltea su carita y, moviendo solo los labios, le dice:

—No te olvides de lo prometido, si no, me enojo contigo, ya sabes.

—Qué lindo se pone mi guagua cuando sabe demostrar que es de buena cepa; herencia de su madre —dijo la abuela—.

Helena levanta la mano en ademán de despedida también le dice, solo moviendo los labios, que no se preocupe...

—Sí, un poco picante, como a ti te gusta. —Y le envió en beso volado cuando el auto partió.

Helena, para no olvidarse de lo prometido, le pidió por favor a su madre que saliera inmediatamente y comprase todo lo que se necesitase para cumplir con lo prometido. Helena se dirige al dormitorio del niño con el fin de ordenar y poner las cosas en su sitio. Comienza a tararear una canción de su juventud y mil recuerdos y quimeras asomaron a su mente de los primeros días, cuando ella llegó a la capital.

Por momentos no quería aceptar la esclavitud en la que se encontraba.

—No puede ser —decía—. Yo que tanto amé la libertad e hice de mi mundo lo que yo quise. Cuántos hombres me lloraron una migaja de amor, y pensar que a muchos de ellos los tuve aquí, a mis pies de rodillas, rogándome amor, pero tuve mala suerte, todos fueron corruptos, y ahora me encuentro prisionera, encerrada en este departamento de cuatro paredes, encadenada al gran amor de mi vida: mi hijo.

Ella podía trabajar, porque era muy capaz, pero el padre de su hijo se oponía, era un tirano y egoísta por el poder y dinero que tenía. Helena no alcanzaba a entender en qué momento puso su vida y su corazón en manos de este hombre, sabiendo que era casado. No se cansaba de preguntarse «¿qué me pasó?!». Tarde se enteró del comportamiento tormentoso en que se encontraba

el padre de su hijo, y tenía miedo de verse comprometida; había que actuar con mucha inteligencia para, llegado el momento, mandarlo al carajo.

Con mucho cuidado terminó de arreglar el dormitorio de su hijo y miró su reloj, tenía tiempo suficiente para arreglarse y luego pasar a la sala a ver la ceremonia que iban a transmitir por televisión. Se trataba de la inauguración de una nueva empresa a nivel internacional, también tendría la oportunidad de ver al padre de su hijo después de varias semanas.

En la sala de su departamento, ya se encontraban sentadas sus hermanas y su madre, también vendrían algunos sobrinos, pero las interesadas en ver al niño eran su madre y ella. Helena ocultaba el deseo de ver al asqueroso que vilmente la engañó.

Fue a su dormitorio, escogió la ropa que necesitaba para ponerse y salir a la sala para ver la ceremonia. Empezó a desnudarse y, al observar su cuerpo entero en el espejo, se dio cuenta de que había perdido bastante de su belleza; sus pechos ya no eran el manantial de deseos que antes embrujaban, ya no estaban turgentes, duros y chicos, ahora colgaban como enormes aretes sin rubís y estaban flácidos. Siguió bajando su mirada, su cintura ya mostraba estrías y pequeñas huellas que dejan los calzones modernos. Al ver su vientre lleno de estrías, entristeció su rostro angelical e hizo un gesto de desagrado; siguió bajando y llegó a la pelvis; observó que tenía mucha vellosidad y algunas canas.

—Ja, ja, ja. —Soltó una leve sonrisa y le dijo—: Tú también ya estás vieja, y pensar que cuando eras joven te preocupabas de estar perfumada, acicalada, y con la ayuda de una máquina de afeitar te quitabas esa imagen de montículo, dándole diferentes formas para mostrarte siempre atractiva.

Helena siempre supo que la mejor arma de guerra que tiene una mujer la lleva entre las piernas. Su puso de perfil frente al espejo, observó que empezaba a ajamonarse, su poto ya no era pre-

suntuoso y provocativo, estaba mustio, triste. Finalmente, observa que tenía celulitis; intenta excitarse y lo consigue probando de esta manera que todavía seguía con vida y continuó masturbándose.

«Qué agradable es hacer el amor..., cómo te extraño, mi querido amigo. ¿Dónde estarás...? ¿Sabes? Tu corazón es mi prisionero y lo tengo embrujado para que nunca dejes de pensar en mí, siempre estaremos juntos, nunca nos separaremos, seguiremos amándonos hasta la muerte, seguiremos amándonos allá en el infinito».

¿A quién se refería Helena? ¿Qué amigo vivía aún en su corazón? ¿Cuál de todos cautivó todo su amor?

Excitada aún, entra nuevamente a la ducha y empieza a bañarse, el agua caliente y la suavidad del jabón la excitan más; con su dedo índice se acaricia su clítoris y con la otra mano acaricia su cuerpo, principalmente sus senos; cierra los ojos, se contornea y lanza un suspiro profundo de satisfacción, luego sus ojos se empañan y lanza un grito profundo y silencioso lleno de melancolía. Termina de bañarse y usa todos los medios a su alcance para ponerse bella, se arregla las cejas y se pinta los labios, se riza las pestañas y muy cuidadosamente se pone un poco de chapa en sus mejillas. Salió muy hermosa a la sala, todos se sorprendieron con su presencia, por un momento pensaron que tenía un compromiso e iba a salir a la calle, pero cuando se sentó en el lugar donde ella siempre lo hacía, se quedaron en silencio, y solo atinaron a decirle: «Qué hermosa te pones para ver a tu hombre en la televisión». A todos les dio una mirada de desprecio, pero luego sonrió y les dijo que ella solo estaba interesada en ver a su hijo.

—Helena, nunca nos has contado cómo y en qué momento conociste al padre de tu hijo —le preguntó la hermana, que acababa de llegar con su esposo y sus hijos.

—No me hagas recordar días negros. A este tipo lo conocí cuando cerramos la empresa y todo el personal fue trasladado a otras empresas que pertenecían a los socios de mi jefe. A mí me

trasladaron justamente a una de las empresas que tenía este desgraciado, y ahí empezó a enamorarme y tontamente creí en todo lo que me decía. En un principio, solo salíamos a comer o a reuniones junto con algunas amigas y amigos; todo era bonito, porque nos divertíamos de lo lindo, hasta que un día se atrevió a enamorarme en forma seria y estúpidamente me enredó en su vida, después me enteré de su vida tormentosa y de su bisexualidad, pero ya fue demasiado tarde, porque me encontraba embarazada.

Viejo luchador social, no merece un hijo íncubo

El padre del íncubo fue un viejo luchador social que perteneció a las filas del partido político de izquierda mejor organizado de aquellos años, cuyo líder fue una figura importante en las luchas populares, cuando nos gobernaban residuos de descendiente de viejos políticos ladrones que hicieron fortuna y grandes negociados en 1840, Era del Guano donde la prodigalidad y la dilapidación caminaron de la mano, con malos peruanos que se enriquecieron brutalmente. Nada hicieron a favor del pueblo con la fortuna que se obtenía por la exportación del guano. Desde esos años, nuestra sierra y nuestra selva siguen completamente olvidadas. La situación del indio en estos últimos cien años no ha cambiado, sigue igual o peor que en la colonia. El indio sigue caminando con ojotas y las indias siguen caminando sin calzón.

Los políticos, los empresarios y los religiosos solo se preocupan en hacer fortuna a costa del hambre y la ignorancia del pueblo.

Años antes de la Segunda Guerra Mundial, el comunismo comenzó a tener simpatizantes en América Latina, y en el Perú aparecen varios partidos políticos de izquierda cuyos líderes

alimentaban sus ideas con las noticias que transmitía la BBC de Londres en sus horarios para América Latina. A uno de estos grupos políticos de izquierda pertenecía el padre del íncubo. Hombre fiel a su partido político y a sus principios, por defender los derechos de los pobres y de los campesinos de nuestro Perú profundo fue a la cárcel, donde murió abandonado por su familia. La BBC de Londres, en sus noticias y comentarios dirigidas para América Latina, daba mucha importancia al triunfo del Partido Comunista en Rusia con Stalin y también al triunfo de Hitler en Alemania, con su partido del nacionalsocialismo. A la BBC solo le llegaban las buenas noticias, tanto del comunismo de Stalin como del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán o Partido Nazi de Hitler. Terminada la Segunda Guerra Mundial, recién el mundo se enteró de los crímenes que cometieron estos indeseables criminales.

Fue tan fuerte la influencia en nuestros viejos políticos de izquierda, que imitaron hasta sus uniformes, como el color de las camisas. En la Alemania de Hitler, los simpatizantes usaban las camisas pardas; en la Italia de Mussolini, las camisas negras; en Rusia, con Stalin, el color rojo, y aquí, en el Perú, el APRA, que era el partido político más fuerte, usó las camisas blancas. El saludo era también muy parecido, levantando la mano izquierda. Cuando termina la Segunda Guerra Mundial, los políticos de izquierda, es cuando recién enteran de los crímenes que cometió Stalin contra su propio pueblo, que no aceptó fácilmente las ideas del comunismo, y de los crímenes que cometió Hitler contra los judíos, es cuando nuestros viejos políticos revolucionarios se quedaron sin piso. Ya no tenían a quien seguir ni a quién imitar.

En 1978, Morales Bermúdez, militar que gobernaba *de facto* el Perú, convocó a una Asamblea Constituyente para volver a la democracia, se presentaron una docena de partidos políticos, ganan los de la izquierda, que juntos logran sesenta y nueve congresistas,

y la derecha solo logra treinta y un congresistas. Los partidos políticos de izquierda tuvieron la mejor oportunidad para elaborar, discutir y crear la mejor constitución del mundo para que el Perú fuera el mejor país de América Latina.

Lamentablemente, esta nueva constitución, que fue promulgada el 12 de julio de 1979, no fue la que el pueblo esperaba, porque parió dos pésimos Gobiernos: el primero, en el que nos gobernó Fernando Isaac Sergio Marcelo Marcos Belaúnde Terry (1980-1985) y el segundo, de 1985 a 1990, en el que nos gobernó Alan Gabriel Ludwig García Pérez. En los diez años que nos gobernaron reinaron el contrabando, los narcotraficantes disfrazados de terroristas y la hiperinflación.

Fueron años muy difíciles para los peruanos. Todos los días había atentados en diferentes pueblos de nuestra serranía, donde también aprovechaba la delincuencia para volar las torres de luz y venderlas como chatarra; pelaban los cables y luego fundían el cobre.

Los padres de Helena

Don Abraham Barraza Quiroz descendía de una familia judío-alemana que emigró al Perú en 1860, cuando había escasez de mano de obra para la agricultura y la industria; lamentablemente, estos inmigrantes fueron abusados y maltratados por los agentes que los trajeron, inclusive por el propio Estado. Se dice que muchos de ellos fueron vendidos como esclavos.

La mayoría de estos inmigrantes eran agricultores que, después de muchas penurias, lograron situarse en la ceja de selva de la parte central del país. No así los abuelos de don Abraham, que, temerosos por los malos tratos que recibían, lograron librarse y huyeron al norte, donde tuvieron mejor suerte y formaron una familia de diez hijos muy respetados.

El padre de Helena a primera vista daba la impresión de ser un hombre adusto, rígido y de carácter desapacible, pero no, esa impresión cambiaba cuando conversaba con sus amigos en reuniones familiares, como muy alegremente hacen en provincias, y demostraba sentirse muy feliz, sobre todo si le tocaban el tema familiar, pues se sentía muy feliz al lado de su esposa Esther River Castle y de sus hijos.

El pueblo era chico, todos lo querían y respetuosamente lo llamaban don Abraham. Conservaba muy bien el rasgo caucásico, legado de sus abuelos: estatura promedio alto, cabello rubio lacio, abundante vello en el rostro, piel blanca-rosada y ojos azules, que reflejaban cierta melancolía, porque presentían un adiós temprano; sentía un dolor en el pecho que venía acompañado de suspiros profundos, Esther, cada vez que le escuchaba suspirar, le preguntaba: «¿Qué le apena, mi viejo?, tus suspiros me hacen sentir culpable». La miraba y se quedaba callado...

¡Destino, qué miserable eres! Me quebrantas y me castigas haciéndome arrastrar lentamente los pasos de mi vejez en el torrente incontenible de los años, causando estragos en los últimos días de mi vida.

En estos días de negra soledad y tristeza aflora a mi sangrante corazón la imagen de aquella hermosa niña, traviesa, juguetona, de piernas entecas y de vestidos rotos; toda ella despeinada.

Reminiscencias de mi primer amor, asomándose a la ventana de mis quimeras, recordando la mirada alegre de sus ojos encajados, sus labios delgados sedientos de ese amor inocente. Sus manitas tiernas y suaves cual capullos de seda y su rostro angelical, con su sonrisa de querubín. ¡Gladys!, ¡qué hermosa eras!

Tu belleza y mi amor para siempre se fundieron en un rincón de mi corazón, sus heridas, palpitando de dolor, no cicatrizan. Aún sangran como prueba de cuánto la amé.

No tuve la suerte de sacar de la baraja del amor, la carta ganadora de la mujer que uno sueña; de la mujer tierna y cariñosa que nos acompañe hasta el final de nuestros días.

De la mujer que comparta con uno las alegrías y tristezas que nos brinda la vida al lado de nuestros hijos y nietos.

Hoy, en el ocaso de mi vida, la soledad y mi juventud quebrada me hace recordar mi pasado, pequeñas lagunas se anegan